



SHERLOCK HOLMES EN BARCELONA

Adaptación teatral de la novela *Los secretos de San Gervasio*,
de Carlos Pujol

Teresa Vallès-Botey*

 0000-0002-6364-1185

Correo: tvalles@uic.es

*Universitat Internacional de Catalunya, España



Recibido: 12 de marzo de 2025

Aprobado: 29 de abril de 2025

PRESENTACIÓN

En la novela *Los secretos de San Gervasio* (1994),¹ el escritor, traductor y crítico literario Carlos Pujol (1936-2012) hace viajar a Sherlock Holmes a España por primera vez para desenmarañar una supuesta desaparición en el barrio de San Gervasio de Barcelona. Sin bien la obra comienza cumpliendo las expectativas del lector de novelas de detectives, se trata en realidad de una inteligente parodia del género del *whodunit* y muestra el divertido choque entre el racionalismo positivista de Holmes y el vitalismo de los personajes que conoce en Barcelona.

Paradójicamente, en esta novela de detectives el muerto es lo de menos. El misterio al que se enfrenta Holmes parece estar fuera del alcance de la lógica racional, y la verdad inesperada que descubre tiene que ver con él mismo (su propia falibilidad) y con la literatura como vía complementaria para alcanzar la verdad. ¿Pueden la imaginación y la fantasía competir con la razón en la indagación de la verdad? Tras la discreta apariencia de la novela de detectives, Carlos Pujol nos ofrece una novela literaria de trasfondo metaliterario.

La presente adaptación teatral de *Los secretos de San Gervasio* se propone condensar en unas pocas escenas y diálogos estos elementos nucleares de la

¹ Pujol, C. (2019) *Los secretos de San Gervasio*. Menoscuarto. (Primera edición: Pamiela, 1994). Sobre esta novela, véase Vallès-Botey, T. (2020).



novela. Para ello, se ha ajustado lo necesario la trama, reducido el número de personajes y dejado de lado subtramas y temas secundarios. Esta adaptación aspira a sorprender al espectador con una representación inteligente y divertida, y ser a la vez una cordial invitación a la lectura de la novela de Carlos Pujol, reeditada con motivo del 25 aniversario de su aparición.

DRAMATIS PERSONAE

John H. Watson, médico inglés y cronista de Holmes
Sherlock Holmes, el mejor detective del mundo
Mrs Henrietta Hudson, patrona del 221 B de Baker Street
Miss Eulalia Folquet, joven dama barcelonesa
Miss Angélica Folquet, hermana de la anterior
Don Alejo Casavella, novelista de imaginación desbocada
Quiteria, su ama de llaves
Don Celestino, arqueólogo, poeta, coleccionista y padre de familia
Doña Marquesa Sanmartí, inteligente esposa de don Celestino
Doña Filomena Barnils, distinguida viuda de mediana edad
General Llebreja, que no es general, vecino de san Gervasio
Quintín, joven vecino de san Gervasio

ACTO 1. UNA VISITA INESPERADA

Escena 1

Sherlock Holmes en pijama en un sofá, intentando encontrar una postura cómoda. Entra Watson, también en pijama, secándose el sudor de la frente. Mira un termómetro colgado en la pared y hace un gesto de desesperación. Se derrumba en un sofá.

Watson: —Londres no aguanta estas temperaturas, el corazón del imperio es más bien frío, este es uno de los secretos de su fortaleza. ¿Cómo es posible seguir viviendo en estas condiciones? Para una colonia es tolerable, pero no para nosotros. Claro que mi estancia en la India me había acostumbrado a soportar mejor el calor que el frío y que en Afganistán el sol rompía las piedras y acorchaba el cerebro con una luz blanca deslumbrante. Recuerdo que...

Watson se molesta por el silencio de Holmes.

Watson: —¿Es que ni siquiera le desvela el calor? A veces parece usted una máquina de deducir demasiado perfecta. ¡Usted no es humano!



Sherlock Holmes: —¿De qué sirve ser humano para mis investigaciones? La humanidad no va a aumentar la lucidez de mi mente, por lo tanto es un capricho inútil, más aún, un estorbo. Para acertar en mis deducciones no hay que tener ni imaginación ni sentimientos. Solo la realidad comprobable es digna de interés.

Escena 2

Se oyen voces de dos mujeres en la puerta de la casa. Llamam al timbre varias veces de forma impaciente, se escuchan gritos de nervios. Se oyen voces cuando Mrs Hudson les abre y pasos apresurados por la escalera. Holmes se levanta ágilmente, se pone con prisa una bata y le indica con un gesto a Watson que haga lo mismo. Mrs Hudson llama a la puerta.

Sherlock Holmes: —¡Adelante!

Aparece Mrs Hudson con una redecilla en el pelo y andando en chancletas, intentando guardar la compostura. Entran dos damas jóvenes y elegantes, llevan grandes sombreros adornados con flores y pájaros.

Eulalia: —Señor Holmes, doctor Watson, lamentamos haber interrumpido su sueño a una hora tan indebida, pero la congoja y la necesidad no nos han permitido esperar a que amaneciese.

Watson: —¿De qué se trata, mis queridas señoritas?

Eulalia: Venimos desde Barcelona para pedir socorro. Nuestro amado padre, don Pelegrín Vilumara, fabricante textil de fama europea, ha desaparecido misteriosamente, sin duda por las malas artes de nuestro tío, don Cayetano Vilumara, que quiere apoderarse de sus bienes.

Hace un gesto impaciente a su hermana para que diga algo.

Angélica: —¡Cuantiosos bienes! Ha reunido una gran fortuna, tiene 1400 telares y 14 máquinas de vapor. Fabrica novedades, tejidos de lana y mezcla, estampados de algodón...

Eulalia: —Indianas, pañoletas, chales...

Angélica: —Tapabocas, alfombras, cretonas, veludillos ...

Eulalia: —Sederías... (*suspira*)

Angélica: —Tisús, refajos ...

Sherlock Holmes: —¿Cuándo desapareció su señor padre? Necesito saber el día y la hora.

Eulalia: —El terrible suceso ocurrió el domingo pasado a las tres de la tarde.

Sherlock Holmes: —¿Cómo calificarían su relación con su tío don Cayetano?

Angélica: —¡Pésima!

Sherlock Holmes: —¿A quién corresponde la herencia de su padre?

Las dos a coro: —A nosotras dos.

Sherlock Holmes: —¿Han avisado a la policía?

Eulalia: —Sí, pero no ha servido absolutamente de nada.

Las dos a coro: —¡Sálvenos, señor Holmes!

Holmes y Watson cruzan una mirada, Holmes asiente con la cabeza.

Watson: —No se preocupen, no tengan miedo, están en buenas manos, recuperarán a su padre sano y salvo. Estoy seguro de que Sherlock Holmes resolverá el caso, aunque no sé cómo.

Ellas hacen gestos de alegría y gratitud. Se levantan todos y se dirigen a la puerta.

Sherlock Holmes: —Solo una pregunta más. ¿Esos sombreros, los han comprado en París?

Angélica: —¡Sí! ¡Los compramos ayer en una tienda muy elegante! ¡Y por primera vez probamos huevos revueltos con trufas! ¡Qué gran descubrimiento gastronómico!

Holmes hace un gesto a Watson, que no comprende que se ría de ellas.

Sherlock Holmes: —Hum...

Escena 3

Se van las dos damas. Al poco entra Mrs Hudson en bata de dormir, con bandejas llenas de comida.

Mrs Hudson: —Los extranjeros son muy raros, vaya horas de hacer visitas, y para colmo se van sin esperar el té.

Sherlock Holmes: —No se preocupe usted, nosotros haremos los honores a su té a manera de desayuno, al fin y al cabo ya falta poco para que amanezca. Muchas gracias, Mrs Hudson, y ahora déjenos solos porque tenemos que pensar.

Mrs Hudson: —Buenas noches... o buenos días, que ya no sabe una lo que corresponde decir.

Mrs Hudson se va.

Sherlock Holmes: —Un viaje nos sentará bien, Watson. Esta ciudad se ha convertido en una caldera hirviendo y además muy aburrida.

Watson: —¿Cuándo nos vamos?

Sherlock Holmes: —Hoy mismo, naturalmente. Piense en el *pobre* don Pelegrín (*'pobre' dicho con ironía*).

Watson: —¿Cómo puede no tomarse en serio un asunto que sin duda es tan grave? ¿No cree usted que haya desaparecido de veras?

Sherlock Holmes: —¡Oh, sí, *supongo* que sí! Quizás haya sido secuestrado, pero no hay que anticipar acontecimientos; en toda esta historia hay, ¿cómo le diría?, como una dislocación de detalles argumentales.

Watson: —Si no se explica usted con mayor claridad, con mis pobres luces...

Sherlock Holmes: —Elemental, amigo mío. Estas dos jóvenes vienen a vernos *angustiadas* por la suerte que haya podido correr su padre, no tienen un minuto que perder y nos despiertan en plena noche... Pero a su paso por París se entretienen comprando sombreritos, por cierto espantosos.

Watson: —Podría explicarse por el alma femenina, ya sabe, la irresistible tentación de la última moda.

Sherlock Holmes: —Amigo mío, permítame decirle que los tópicos son como las cataplasmas, sirven para todo y no resuelven nada. Y además van a un buen restaurante: huevos revueltos con trufas.

Watson: —Para reponer fuerzas, no iban a hacer todo el viaje en ayunas.

Sherlock Holmes: —No, desde luego, pero, a propósito del viaje, ¿ha reparado usted en que el último tren de Dover llegó a Londres hace ya muchas horas?

Watson: —No había caído en eso. Lo cual significa...

Sherlock Holmes: —Que esperaron tranquilamente en su hotel hasta el momento oportuno para hacer su teatral aparición en Baker Street.

Watson: —¡Cielos! ¿Supone usted...?

Sherlock Holmes: —Yo no supongo, hago constar.

Watson: —En consecuencia...

Sherlock Holmes: —Aún es pronto para sacar consecuencias, salvo una: me intriga más lo que nos esconden esas dos señoritas que el caso para el que requieren nuestra intervención.

Watson: —Cree que tratan de engañarnos, ¿no?

Sherlock Holmes: —No quisiera ofenderle, ya he visto que era sensible a los encantos de estas señoritas.

Watson: —¡Por Dios, qué cosas de pensar!

Sherlock Holmes: —Y algo me dice que de las dos su preferida es *miss* Angélica, aunque le preocupa la longitud de su nariz y que hable demasiado...

Watson: —¡Se lo ruego, va a conseguir que me abochorne!

Sherlock Holmes: —En consecuencia, no quiero ser muy duro, pero le diré que sí. Tengo la seguridad de que estaban fingiendo. El fingimiento, amigo mío, es como el aceite que flota sobre el agua, siempre es lo que más se ve porque para eso es, para verse y para engañar.

Watson: —Pero ¿para qué engañarnos? ¿Con qué objeto?

Sherlock Holmes: —Para contestar a esta pregunta habrá que ir a España.

Watson: —Y a pesar de sus recelos se decide a emprender un viaje tan largo.

Sherlock Holmes: —¿Por qué no? Nos sentará muy bien. Hace demasiado calor para que aspiremos a llevar una vida normal, yo ahora no me ocupo de ningún caso, y usted puede olvidarse de sus pacientes, no creo que le echen en falta, Watson. Hable usted con su colega, el doctor Conan Doyle, ese escocés aficionado al espiritismo y a los deportes, y que le sustituya durante su ausencia.

Watson: —Es una excelente idea.

Sherlock Holmes: —Este viaje hay que hacerlo, hay que hacerlo. Un viaje en busca de la verdad. Quizá todos lo sean.

ACTO 2. EL MISTERIO DE SAN GERVASIO

Escena 1

Holmes y Watson comen en la fonda donde se han alojado al llegar a Barcelona. Ambiente sencillo, popular. Porrón, tortilla de patata, pan con tomate... En el menú se puede leer Fonda Universal de Barcelona. Se oye gente hablando fuerte.

Varias voces a la vez: —¡Pepet! ¡Pepet! ¡Camarero, el vino! ¡Te digo que te acabes el plato!

Se oye un llanto fuerte.

Watson: —¿Por qué será que todos gritan?

Sherlock Holmes: —No gritan, Watson, solo conversan. Tienen una peculiar noción del sosiego.

Watson: —Si todo el mundo alborota así, acabaremos sordos.

Sherlock Holmes: —No hemos venido a este país a ver crecer la hierba, sino a esclarecer unos hechos.

Watson: —Y a prestar ayuda a las señoritas Vilumara, no lo olvide.

Sherlock Holmes: —Sí, claro, las señoritas Vilumara.

Watson: —No lo dice muy convencido.

Sherlock Holmes: —He comprobado que nuestras visitantes se alojaron en Londres en el Hotel Claridge's, de Brook Street, lo cual indica que dinero no les falta. Y se inscribieron allí seis horas antes de ir precipitadamente a visitarnos porque no podían esperar a que amaneciera.

Watson: —O sea que acertó usted.

Sherlock Holmes: —En mí es una costumbre muy arraigada. Pero no es eso todo. Según Lestrade, miss Angélica y miss Eulalia figuraban en el registro de su hotel con el apellido Folquet.

Watson: —¡Absurdo!

Sherlock Holmes: —Eso sí que no, el absurdo no existe. Si existiera, el universo se haría pedazos ahora mismo, usted dejaría de ser Watson y yo ya no sería Holmes.

Watson: —De momento las hermanas Vilumara han dejado de ser las hermanas Vilumara.

Sherlock Holmes: —No estoy de acuerdo. Han dejado de ser lo que fingían, lo cual es muy distinto. Pero detrás de su falsa apariencia, que hemos descubierto, hay una sólida verdad averiguable.

Watson: —De todos modos, he hecho el ridículo.

Sherlock Holmes: —No le dé más vueltas, el conocimiento de la verdad se paga caro. La visita que nos hicieron en Baker Street contenía un desafío y hay que recoger el guante. El mensaje era falso, la única verdad era la manera de transmitirlo: había que entender lo que decían al revés.

Watson: —Muy rebuscado.

Sherlock Holmes: —Lo es, la idea ha sido fruto de una mente tortuosa.



Watson: —¿No será una trampa del profesor Moriarty para alejarnos de Londres?

Sherlock Holmes: —No es su estilo. Moriarty es un matemático, es decir, tiene que creer que uno y uno suman dos, y el que forjó ese extraño plan tiene una imaginación poética, se divierte sugiriendo lo imposible, no es un científico.

Watson: —(con un mapa antiguo en las manos) Según el mapa, la dirección de la tarjeta que nos dieron corresponde a una casa a las afueras de Barcelona, en un lugar llamado San Gervasio.

Sherlock Holmes: —Hace demasiado calor para ir ahora. He oído hablar mucho de la siesta española, probaré qué tal sienta y a la caída de la tarde iremos a San Gervasio.

Escena 2

Holmes y Watson llaman a la puerta de la casa de don Alejo.

Watson: —Buenas tardes. Desearíamos saludar a miss Eulalia y a miss Angélica.

Quiteria: —Creo que se equivocan... Pero en fin, iré a preguntar, esperen aquí.

Quiteria se va. Se oye el tecleo de una máquina de escribir antigua.

Sherlock Holmes: —Este ruido confirma mis sospechas.

Quiteria vuelve y los acompaña al salón donde está don Alejo.

Quiteria: —Acompañenme por aquí.

Don Alejo: —Caballeros, les esperaba, permítanme que les dé la bienvenida. Y antes que nada les ruego disculpen las argucias de que me he valido para traerles hasta aquí. Soy Alejo Casavella.

Sherlock Holmes: —No estamos, pues, en casa de las supuestas hermanas Vilumara...

Don Alejo: —Tengo el honor de recibirles en mi hogar. Ellas son, como usted ya habrá adivinado, mis queridas vecinas, las señoritas Folquet, que viven muy cerca de aquí y a las que podrán saludar cuando lo deseen. Se avinieron a representar una pequeña comedia para atraerles a Barcelona, espero que no me lo tomen en cuenta.

Watson: —Señor mío, reconozca que sus procedimientos...

Don Alejo: —Tenía que poner a prueba su perspicacia, doctor Watson, y mister Holmes no me ha defraudado, lo cierto es que no esperaba menos de ustedes. Solo me interesaba un detective excepcional, único, como Sherlock Holmes...

Sherlock Holmes: —Lo que no logro entender es su empeño en traernos aquí, acumulando mentira sobre mentira.

Don Alejo: —Decidan ustedes: soy escritor.

Sherlock Holmes: —El tecleo que he oído hace un momento ha confirmado mi sospecha de que su oficio era escribir, esos ruidos solo podían corresponder a uno de esos artefactos que acaban de inventar los americanos, una de esas máquinas que escriben mecánicamente.

Don Alejo: —Como de costumbre, acierta; efectivamente, es mi Remington, que estoy aprendiendo a usar porque hay que vivir con el progreso.

Se ve una máquina de escribir antigua.

Watson: —Su idea del progreso, ¿incluye también la mentira sistemática?

Don Alejo: —Mi querido doctor Watson, novelar es mentir. La única licencia que me he permitido es extender el campo de la imaginación hasta la vida real porque les necesitaba a ustedes.

Watson: —¿A nosotros? Mi amigo es detective, yo soy médico...

Don Alejo: —Verá, tiene ante usted a un humilde discípulo del genial Edgar Allan Poe, del estupendo Wilkie Collins, su compatriota, y del ingenioso *mon-sieur* Gaboriau. En otras palabras, soy el primer autor español de novelas de sucesos misteriosos, de averiguación criminal, como quieran llamarlo, porque se trata de un género tan nuevo que aún no tiene nombre.

Sherlock Holmes: —Debo decirle que siento muy poca estima por todos estos señores, a quienes he leído y con escaso provecho. Sus detectives son chapuceros, inverosímiles, falsos.

Don Alejo: —Ciertamente, ninguno de ellos puede compararse con usted y por eso me he permitido traerle aquí. Lo que usted hace en la realidad yo lo hago en la literatura. Las imitaciones no me sirven, necesito el modelo, en eso está todo el enigma. Usted es mi fantasía en carne y hueso.

Sherlock Holmes: —¡Yo no soy ninguna fantasía!

Don Alejo: —No me he expresado bien. Han de saber que he publicado ya seis novelas y ahora preparo otra titulada *Sherlock Holmes en Barcelona*. Tendrá que haber varios crímenes horrendos, aunque reconozco que aún no sé a quién asesinan ni por qué. Lo único seguro es que al final Sherlock Holmes va a resolver el caso.

Sherlock Holmes: —No, conmigo no cuente, no quiero salir en su novela, acabarían por suponer que soy un personaje de ficción.

Alejo Casavella: —Como quiera, buscaré otro nombre e idearé otro personaje, pero es una lástima, porque nunca será tan logrado como usted. Por mucho que se esfuerce, ningún novelista podría inventar un equivalente de Sherlock Holmes.

Watson: —Todo esto me parece una chiquillada deplorable. Engañarnos y hacernos emprender un largo viaje por un motivo tan fútil.

Don Alejo: —Depende del punto de vista. Cuando escribo una novela, para mí no hay nada más importante en el mundo, necesitaba al gran Sherlock Holmes para inspirarme en él y, ¿cómo conseguir que se prestara a colaborar conmigo? ¿Diciéndole la verdad? Me hubiese tomado por loco. Había que inventar una excusa para traerlo.

Sherlock Holmes: —Tiene que admitir que me sobran motivos para enojarme, pero le seré sincero, no estoy enojado. Admiro su imaginación y su desfachatez, no sé cuál de las dos cosas me parece más inaudita. Puesto que vine sabiendo que *miss* Eulalia y *miss* Angélica fingían y hemos

hecho un viaje fatigoso, acepto su hospitalidad durante dos días, después regresaremos a Baker Street.

Don Alejo: —Le agradezco su comprensión. Son patrañas, pero me divierten tanto, uno vive de sus fábulas, ¿no cree? Estoy ilusionadísimo, tenerles en mi casa es la gran oportunidad de mi vida: estudiar de cerca la conducta y los métodos del maestro de los detectives para luego trasladar estas observaciones a mi novela.

Entra precipitadamente Quiteria, el ama de llaves.

Quiteria: —¡Don Alejo! ¡Don Alejo! ¡Un cadáver! ¡Han encontrado un muerto de verdad!

Escena 3

En el jardín de la casa de don Alejo, con hamaca, tumbona y algo de beber, en clima de placidez y desánimo.

Watson: —Veo que hoy tampoco ha perdonado la siesta, temo que si seguimos aquí mucho tiempo acabará juzgando el derecho a la siesta más importante que el derecho al voto.

Sherlock Holmes: —Admito que la siesta es una institución muy sabia.

Watson: —Y sobre nuestro caso, ¿ha llegado a alguna conclusión?

Sherlock Holmes: —A demasiadas. Este es un asunto muy escurridizo en el que hay un exceso de pistas, y por ahora todas conducen a verdades huecas.

Watson: —A veces pienso que todo lo que sucede es un artificio de don Alejo. Este hombre es capaz de cualquier barbaridad con tal de escribir una historia emocionante. Siempre había supuesto que los médicos teníamos la más insensible de las profesiones porque la costumbre encallece, pero el espectáculo de un novelista incapaz de pensar en cualquier otra cosa que no sea su novela me ha hecho cambiar de opinión. Ese crimen le parece de perlas, le soluciona con poco gasto de imaginación un episodio de su futuro libro.

Escena recordada (voz en off): Don Alejo: —Estoy ilusionadísimo, tenerles en mi casa es la gran oportunidad de mi vida: estudiar de cerca la conducta y los métodos del maestro de los detectives para luego trasladar estas observaciones a mi novela. Y ese crimen es un hecho como llovido del cielo. Quiero decir que aunque siento mucho lo que le han hecho a ese señor...

Sherlock Holmes: —Atinada observación, Watson, pero si me permite, regresemos a las cosas sustanciales: lo que sabemos del crimen. Lamentablemente, no hay ni una huella, es como si hubieran dejado caer el cuerpo desde el aire.

Watson: —Parece ser que ya se sabe quién es la víctima, un tal Modesto Turull (o Mascaró, aún no están seguros), que vivía en un lugar llamado

Granollers. El hecho es que era soltero y no se le conocen familiares. Su muerte no parece interesar a nadie. ¿Qué haría en San Gervasio? That is the question.

Sherlock Holmes: —Repasemos los vecinos que hemos ido conociendo, dejando aparte a nuestro estafalario anfitrión y a sus bellas vecinas, las hermanas Folquet.

Escena recordada (voz en off): Eulalia: —Mr. Holmes, no pretendíamos engañarle ¿Quién se atrevería a hacerlo?

Angélica: —Solo procuramos que se dejara engañar y de este modo le brindamos un pretexto para este viaje a España. ¿No se alegra de haber venido?

Watson: —¿Qué me dice del joven mujeriego Quintín, ese que iba vestido de turco? Recuerde que le vimos retozando en el pórtico de su casa y aunque nos vio no quiso abrirnos.

Se proyectan imágenes, como de un recuerdo, de un joven vestido al modo oriental.

Sherlock Holmes: —Olvidelo, es demasiado llamativo, apostaría a que es un infeliz. En cambio, el poeta don Celestino, que se ha empeñado en invitarnos a comer mañana en su casa... ¿Para qué tanta prisa? Y no olvidemos a la viuda Barnils, un personaje muy particular.

Escena recordada (voz en off): Doña Filomena Barnils: —Sé quiénes son ustedes y he oído decir que les gusta meterse en lo que no les importa. Es la última vez que les aviso, no quiero verlos rondando por aquí, a mis perros les encanta despedazar ingleses, años atrás ya mordieron al señor Whitbread, que era un vecino un poco extravagante. Se creen que por ser extranjeros se lo pueden permitir todo y yo no soporto esos modales, esa falta de consideración. ¿No les enseñan urbanidad en Inglaterra? Mi marido era un Barnils y les juro que soy alguien en San Gervasio, aunque parece ser que ustedes lo ignoran.

Watson: —Sin duda, todo un carácter.

Sherlock Holmes: —Es golosa y arrogante, pero de ahí a asesinar... Mi instinto me dice que no es por ahí.

Watson: —¿Su instinto? ¿Y dónde deja su razón?

Sherlock Holmes: —Espera la oportunidad de ejercitarse, no se pueden forzar las cosas.

Watson: —¿Y el general Llebreja? Don Alejo habla de él de un modo que me da muy mala espina. Ese energúmeno, que no es general pero presume de serlo, es el vecino que vive más cerca del lugar del crimen, el llamado Torrente del Infierno.

Escena recordada (voz en off): General Llebreja: —Veo que fuman, ¿no?, se les nota en los dientes, y seguro que además toman café o té. Qué asco. Y siendo ingleses serán adeptos del *roast-beef* y, claro, nada de agua, ¿no?, ginebra, aguardiente, todos esos venenos. Se están matando.

Sherlock Holmes: —Condenar el café y el tabaco es de cuáqueros, hasta ahí podíamos llegar.

Watson: —En la vecindad hay muchas casas cerradas, dicen que la gente se ha ido al interior por miedo al cólera. Solo nos queda por conocer a don Celestino, con quien comemos mañana. ¿Recuerda lo que nos dijo de él don Alejo?

Escena recordada (voz en off): Don Alejo: —Ahí enfrente vive don Celestino, ya le conocerán. Un original.

Sherlock Holmes: —¿Qué significa para usted ser original?

Don Alejo: —Verá, es poeta, colecciona antigüedades, tiene muchos hijos. Hay que decir que aquí todo el mundo es raro, pero hasta el punto de apuñalar al prójimo, no sé...

Sherlock Holmes: —Amigo Watson, tengo la sensación de estar ante un vacío que se enmascara con historias complicadísimas, con rarezas y voces chillonas, misterios que quizá no lo sean. Y detrás de todo eso solo hay el vacío, o algo indecible, no sé. La última esperanza es que don Celestino nos dé la clave de tanto misterio.

ACTO 3. UNA VERDAD INESPERADA

Escena 1

En la mesa, en casa de don Celestino y su mujer. Durante toda la escena se oye de forma intermitente a niños jugando, peleándose y gritando.

Don Celestino: —El sueño de mi vida, por ahora irrealizable, es conocer al glorioso descubridor de Troya; pero después de él, la persona a quien más deseaba conocer es usted.

Sherlock Holmes: —Muy honrado.

Don Celestino: —Usted es un intrépido buscador de la verdad entre el misterio y la confusión. ¿Es que los arqueólogos no pueden considerarse como los detectives del pasado?

Sherlock Holmes: —Quizá sí. La verdad está formada por estratos, como las excavaciones.

Don Celestino: —¡Muy cierto! Solo que usted es contemporáneo de los hechos y los arqueólogos tenemos que buscar pistas tan remotas... ¡Quién hubiese podido vivir en la Edad de Piedra!

Doña Marquesa le hace un gesto discreto con la cabeza.

Don Celestino: No te inquietes, querida, haré lo posible por no desvariar. ¿Qué les parece el vino? Ayuda a discurrir. Y permítanme regalarle esta bolsa de tabaco, míster Holmes, cuando lo pruebe se olvidará de todo patriotismo y solo podrá fumar esta mezcla española. Mi mujer dice que está hecha de dinamita y que huele a estiércol, pero son hipérboles de ama de casa.

Marquesa: —Cariño, estos señores están investigando un crimen.

Se oyen gritos de niños. Watson se sobresalta y mira a Holmes. Celestino y Marquesa no se inmutan.

Don Celestino: —Sí, sí, querida, ahora me disponía a decírselo. Es un honor que me interrogue el propio Sherlock Holmes. O sea que usted tiene la palabra.

Sherlock Holmes: —Le agradezco tantas facilidades. ¿Le importa darnos su opinión sobre el crimen?

Don Celestino: —Miren ustedes, es como si me preguntase cómo tomaba el té el hombre de cromañón. Sinceramente, no tengo la menor idea; aunque para ser francos, ahora que no nos oye nadie, ¿a quién le importa? ¿A quién se le ocurre matar a un señor a quien no conoce nadie?

Sherlock Holmes: —¿Cree que hay que descartar a todos los del pueblo? ¿No ve ningún candidato...?

Don Celestino: —¿A asesino? Pues no. No sé si sus pesquisas le van a llevar a alguna parte, amigo mío, pero consuélase con la idea de que habrá visto mundo.

Sherlock Holmes: —Cree que es inútil que investiguemos.

Don Celestino: —Dios me libre de decir una cosa así. Lo que pasa es que usted quiere explicarlo todo por los hechos que conoce, pero ¿y los hechos que ignora? Ahí le quiero ver. Es como si extrajera del mar un cubo de agua y a fuerza de mirarlo pretendiese describir cómo es el océano Pacífico.

Sherlock Holmes: —No es mala comparación, reconozco que este es mi caso.

Don Celestino: —¡Y el mío! ¿Creen que se puede llegar a saber cómo vivía la gente 3000 años atrás? En su investigación, ustedes quieren apoyarse a toda costa en lo real pero, sépanlo bien, la realidad ya no es lo que era.

Marquesa: —Celestino...

Don Celestino: —Sí, querida, prometo portarme como es debido. Solo quería explicar a nuestros ilustres invitados que la arqueología, más que una ciencia, es un afán sin esperanzas, y que les deseo que su trabajo sea más fructífero que el mío. Verán: yo me consuelo en privado con las musas y la poesía... Míster Holmes, usted es un fanático de la lógica, yo creo más bien en la fantasía, ¿cuál de los dos se acercará más al corazón de la verdad? ¿Quién puede interpretar mejor el orden misterioso del mundo?

Sherlock Holmes: —La verdad deja rastros, téngalo por seguro, solo hay que saber verlos.

Don Celestino: —No sé, no sé. Yo a veces cierro los ojos y en la oscuridad pasa como un relámpago que lo ilumina todo.

Sherlock Holmes: —Scotland Yard tendría que recurrir a los poetas.

Don Celestino: —Por supuesto, son los únicos que saben algo del misterio. Tampoco mucho, no crea, pero sí más que los abominables racionalistas como usted.

Sherlock Holmes: —¿Y le parece que con la poesía descubriríamos al criminal?

Don Celestino: —La poesía, amigo mío, es iluminación. La novela es algo rastrero, lamentable, todo en ella es mentira, pero la poesía es un camino hacia la verdad. Y la verdad solo se ve de lejos y con los ojos cerrados. La poesía no es una llave para abrir puertas, sino una luz que las hace transparentes.

Marquesa hace un gesto a su marido y se va de forma precipitada.

Marquesa: Disculpen...

Don Celestino: Gracias, querida. Sin duda ha ido a ver qué hacen nuestros pequeños salvajes, pues hace unos minutos que no los oímos. Cuando esos chiquillos están silenciosos seguro que hay motivos para alarmarse.

Escena 2

Andando por la calle, al salir de casa de don Celestino.

Watson: —En esta tierra todo es un poco desmedido, ¿no cree?

Sherlock Holmes: —Son gente ciertamente ruidosa, comen de una forma alocada y además defienden teorías que hacen tambalear la razón.

Watson: —De todos modos, me niego a sospechar que este lírico y entusiasta padre de familia sea un asesino.

Sherlock Holmes: —Me daría un gran disgusto si lo fuese. Por cierto, amigo mío, he sabido una noticia relativa a *miss* Angélica que temo que le aflija.

Watson: —¿*Miss* Angélica? ¿Qué le ha ocurrido?

Sherlock Holmes: —Doña Marquesa se ha referido en un aparte a una joven del pueblo, guapa y muy lista, que acaba de hacerse monja de clausura con las benedictinas del Convento de Santa Clara. Según doña Marquesa, *miss* Angélica hizo la más sencilla de las preguntas y obtuvo una respuesta inesperada. Lo siento, amigo mío.

Watson: —¿Insinúa... quiere decir que me había hecho ilusiones acerca de esa joven?

Sherlock Holmes: —Todos nos hacemos ilusiones que a menudo no conducen a nada, Watson. La soltería le pesa, amigo mío, tiene que pensar en eso.

Watson: —Yo nunca había dicho a la señorita Folquet...

Sherlock Holmes: —Mucho más grave aún, lo había pensado.

Watson: —Y usted adivina los pensamientos.

Sherlock Holmes: —Pero no sirve de nada. La cuestión es, ¿por qué no puedo descubrir al asesino? Este asunto se deshilacha y yo también me siento deshilachado. ¿Dice algo la medicina acerca de estos fenómenos?

Watson: —Que yo sepa, la medicina no dice gran cosa... Y en vista de cómo está todo por aquí, deberíamos regresar a Londres lo antes posible, volver a la vida normal. Baker Street lo curará todo.

Escena 3

En Baker Street. Se oye la voz en off de Watson, como si fuera un monólogo interior.

Watson: (*Ensimismado*) —¿Por qué lo veo todo negro, está justificado tanto pesimismo? Apelando a la razón supongo que no, pero lo que más me deprime es que soy incapaz de discurrir racionalmente. ¿Qué estoy haciendo aquí? Más aún, ¿qué he hecho con mi vida? Un médico sin futuro y sin clientela que se distrae jugando a detectives. ¿Soy yo o la sombra de Holmes? Si él desapareciera, ¿qué quedaría de mí? Si fracasa...

Siempre había dado por supuesto que semejante cosa no podía suceder, hubiera sido como aceptar la posibilidad de que al día siguiente no amaneciese; vivíamos gracias a la ingenua certeza de que no había casos irresolubles y que en último término era forzoso que las verdades más ocultas salieran a la luz por la perspicacia de alguien que esta vez ha conocido la derrota. Es esta una palabra que no debe pronunciarse, porque para mi amigo es la última. ¿Qué será de él? Y también de mí. ¿Conoceré a alguien como *miss Angélica*?

Nadie sabe como yo que no es fácil convivir con Holmes. Sujeto a violentos accesos de melancolía, con una clarividencia sin igual expuesta a diluirse dramáticamente en la desgana, alguien lleno de bondad pero que puede ser muy cruel, maniático y excéntrico... Y cuando se desploma el superhombre que necesita ser —no sabe conformarse con menos— se convierte en un guiñapo (*Watson se gira y ve a Holmes inmóvil en el sofá*).

Watson: —Amigo mío, ¿se encuentra bien? ¿Necesita algo? Soy yo.

Sherlock Holmes: —Vivir enseña conformidad, amigo mío, pero malditas las ganas que tengo de aprender esta lección.

Watson: —Holmes, usted ya no es el que era. Le veo metafísico y esto es muy grave para un inglés. ¿Qué libro es ese tan voluminoso que está leyendo?

Sherlock Holmes: —El de un caballero andante que en un lugar de La Mancha luchó por su ideal... y también fracasó.

Watson: —¡Por Júpiter, ahora me cita el *Quijote*!

Sherlock Holmes: —Reconozco que vamos de mal en peor.

Watson: —Hablando de locos entrañables, don Alejo nos ha enviado un ejemplar de su nueva novela. Fíjese en la cubierta: un personaje siniestro desciende de una incongruente mezcla del Tibidabo y de Montmartre. Así es la literatura, patrañas sin pies ni cabeza que falsean todas las cosas. Menos mal que usted y yo somos completamente ajenos a tales fantasías. Porque ya ni de los médicos se puede fiar uno. ¿Se ha enterado usted de que mi colega el doctor Conan Doyle publica novelas cortas en la London Society? Le dan cinco libras por cada historia.

Sherlock Holmes: —Esas aficiones espiritistas tenían que acabar mal.

Watson: —¡Todo el mundo emborriona papel! ¡Qué manía!



Sherlock Holmes: —Lo más sorprendente no es que escriban, sino que haya quien les lea.

Watson: —¿Cree usted que la posteridad va a considerar a don Alejo como un gran escritor?

Sherlock Holmes: —No hay que pedir tanto a la vida. *Miss Eulalia* le ama (no sé si se dio cuenta) y lo pasa bien escribiendo, incluso parece ser que le pagan por tan peregrina actividad, ¿qué más quiere?

Watson: —Sí, pero ¿de quién se acordarán en el siglo xx?

Sherlock Holmes: —Amigo mío, si nosotros en vez de ser de carne y hueso fuéramos personajes de novela tendríamos más probabilidades, pero le aseguro que esa cuestión no me quita el sueño. Lo que me atormenta es que tenía que descubrir a un asesino y todavía no sabemos quién mató al señor Turull. Es la gran enseñanza de este verano, que tal vez le parezca presuntuosa, pero usted ya me conoce: he de admitir que no soy infalible.

Watson: —Nadie lo es, no exagere. Luchábamos contra fuerzas desproporcionadas, en el extranjero, con aquel calor, en medio de gentes cuyas reacciones no siempre sabíamos interpretar...

Sherlock Holmes: —Agradezco su comprensión, pero un fracaso es un fracaso y estas cosas no suelen ocurrirme. Un fracaso es de esperar en los demás, en Lestrade, por ejemplo, que es tonto, pero Sherlock Holmes nunca había podido permitírselo. Ha sido muy duro: yo también me puedo equivocar.

Watson: —¡Usted y cualquiera!

Sherlock Holmes: —¡Pero es que yo no soy cualquiera! ¿Sabe usted lo que significa aceptar que haya hechos que suceden porque sí?

Watson: —Es como poner en duda la coherencia del universo, ¿no?

Sherlock Holmes: —Y también la razón de mi vida. Si lo que ocurre carece de explicaciones racionales, ¿qué hago yo en el mundo?

Watson: —Tal vez lo que llamamos casualidad forma parte del orden del mundo y contribuye a su explicación, tal vez este sea el mayor de los secretos de san Gervasio.

Sherlock Holmes: —Estábamos rodeados de hombres y mujeres cuya existencia era tan enigmática como la inventada en los libros.

Watson: —Según don Alejo, para que una novela sea satisfactoria todos han de parecer culpables. Pero confieso que yo más bien tenía la sensación de estar viviendo un estrambótico capítulo de mala novela.

Sherlock Holmes: —Todos parecían sospechosos y ninguno era culpable, el asesino quedaba fuera del alcance de la razón. Y además todos portándose como chiflados, dando pie a las peores suposiciones.

Watson: —Me temo que eso es propio del género humano.

Sherlock Holmes: —¡Y la viuda Barnils! ¡Tan seria y distinguida! ¡Y el general, que ni siquiera lo es!

Watson: —Y miss Angélica. ¡Quién hubiera podido imaginarlo! Tomar esa decisión y sin despedirse... Usted no se atormenta, hizo lo que pudo.

Sherlock Holmes: —Ahí me duele, que lo que pude fue muy poco, casi nada. Si la verdad se vuelve tan huidiza, ¿por qué la novela de don Alejo no va a ser más verdadera que lo que estuvimos investigando en España? ¿Qué diferencia hay entre lo que se finge y lo que se puede averiguar pero nunca sabremos?

Entra Mrs Hudson.

Mrs Hudson: —Traigo el té y el jarabe. ¿Cómo se encuentra míster Holmes? Si no mejora habrá que llamar a un médico (*Se ríe de su ironía*).

Watson: —Ya me había habituado al tabaco español.

Sherlock Holmes: —Yo también echo de menos aquella mezcla explosiva que fumaba don Celestino.

Watson: —¿Y la tortilla de patatas, dorada por fuera y tierna por dentro, que parecía manjar de los dioses? Pero, en fin, hay que volver a ser lo que éramos. ¡Holmes, la vida siempre vuelve a empezar, la vida sigue, no se lo tome tan a pecho!

Sherlock Holmes: —Sí, habrá nuevos casos y confío en que la realidad vuelva a plegarse dócilmente a las exigencias de la razón. Como debe ser.

Watson: —¡Volverán los buenos tiempos!

Sherlock Holmes: —Claro.

Watson: —Seguro que el profesor Moriarty estará tramando alguna maquinación que va a obligarle a actuar otra vez.

Sherlock Holmes: —Esperemos que persista en sus maldades.

Watson: —Lo mejor es que olvidemos el verano.

Sherlock Holmes: —¡Qué más quisiera! Ha sido aleccionador, pero no muy brillante para mí, si me permite usar este eufemismo. Le ruego que no incluya este episodio en sus crónicas, que quede entre nosotros.

Watson: —Amigo mío, cuente con ello. Por mí no se sabrá.

Barcelona, abril 2020

REFERENCIAS

- Pujol, C. (2019) *Los secretos de San Gervasio*. Menoscuarto. (Primera edición: Pamiela, 1994).
- Vallès-Botey, T. (2020) Elevación y parodia del género policiaco: Sherlock Holmes en una novela literaria con el *Quijote* de referente. *Bulletin of Hispanic Studies*, 97(7), 715-731. Recuperado de <https://doi.org/10.3828/bhs.2020.41>





TERESA VALLÈS-BOTEY. Doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), España, y doctora en Lingüística por la Universitat Pompeu Fabra (UPF), España, con Premio Extraordinario. Actualmente, es profesora titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Facultad de Humanidades de la Universitat Internacional de Catalunya (UIC), España. Ha dirigido el grupo de investigación Carlos Pujol, Literatura y Humanismo (2017 SGR 383). Ha publicado los libros *Carlos Pujol y la reescritura de la tradición* (puz, 2025, en coautoría con D. Ródenas), *Novelas contadas y otras reflexiones sobre literatura* (Pre-Textos, 2021); y *Escribir a contracorriente. Fuentes para el estudio del pensamiento literario de Carlos Pujol* (Comares, 2019). También ha publicado artículos académicos en revistas como *Bulletin of Hispanic Studies*, *Revista Chilena de Literatura*, *Hispanic Research Journal*, *Ínsula*, *ALEC*, *Revista de Literatura*, *RILCE* y *Pasavento*.